

## LA PRUDENCIA DE HAROLDO O CINCO AÑOS DE MONOTONIA

Con las largas vacaciones parlamentarias por delante y sin la necesidad de tener que pensar en unas elecciones parlamentarias antes de la terminación de los cinco años de vida constitucional de la Cámara de los Comunes elegida el último día del pasado marzo—los resultados fueron anunciados, por curiosa coincidencia, el *April Fool's Day*, es decir, el día de los tontos, equivalencia anglosajona del Día de los Inocentes—Haroldo Wilson tiene por vez primera tiempo suficiente por delante para hacer demostración de lo que acaso sea el rasgo dominante de su personalidad: la cautela.

De un espíritu cauteloso se pueden esperar muchas cosas, pero no la audacia, la experimentación o los altos vuelos de una imaginación inspirada. Inmediatamente después de haber sido esbozado, muy brevemente, el programa de gobierno para los cinco años que empezaron con la reorganización ministerial del pasado abril, leve, intrascendental, aunque con la promesa de que sería el prelude de algo más que vendría en cosa de unos pocos meses, hacia el final del verano, el *leader* de la oposición, Edward Heath—hombre con poca suerte política, aparentemente, por tener cerradas prácticamente todas las perspectivas durante cinco años, de especial importancia para un partido que no da la impresión de estar muy a gusto consigo mismo, por lo menos desde los días de la grave crisis de Suez, en octubre de 1956—, lo definió como «vago e impreciso, monótono y rancio, y *very uninspiring*».

Aquello no se podía, es evidente, tomar como una falta de respeto a la reina, que era la que había expuesto, en el «discurso del Trono», aquel programa de Gobierno, en una sesión solemne, cargada de pompa y ritualismo. La reina había leído, todo el mundo lo sabía, lo que había escrito el *premier* Harold Wilson, después de haber tenido largos y serios intercambios con los miembros de su Gobierno, sin duda. No eran sus manifestaciones, pues,

falta de respeto a la soberana; eran sólo la expresión del deber en que está el jefe de la oposición de observar, examinar y, siempre que sea necesario o conveniente, porque la necesidad en política es una cosa un tanto especial, criticar también lo que se hace o se dice que se piensa hacer desde el Poder.

En este caso, por lo menos, fue general la expresión de asentimiento. No es que nadie esperase ya algo sensacional o cargado de inspiración por el lado de Mr. Wilson. Casi año y medio había transcurrido desde la victoria en las urnas que había dado a su Partido Laborista una mayoría tan mezquina que apenas se hubiera podido pensar, especialmente en unos días de crisis como aquellos, en nada que, a tiempo que pudiese ser un motivo de inspiración fuese también un motivo de tal temor a las consecuencias que hiciese irresistible la tentación de trabajar por la caída del Gobierno sin pérdida de tiempo. Las circunstancias habían sido excepcionales, ciertamente. Más de lo que se hubiera podido esperar para poner a prueba el temple, la capacidad y el sentido de la responsabilidad de un jefe de Gobierno.

Pero en lo que acaso no se hubiera podido esperar es que hubiesen servido también para contrastar y medir toda la capacidad de cautelosa prudencia del nuevo *premier*. Y si en esto puede influir la dimensión y las características de una crisis, también es verdad que se trata de algo que no suele surgir en un instante, que es a menudo una condición del carácter y una característica de la responsabilidad. Si Haroldo Wilson hubiese sido un rey de Inglaterra en los tiempos en que era casi obligado el calificarlos de una manera característica en vez de ser un simple jefe de Gobierno en tiempos mucho más prosaicos y pragmáticos, es posible que de él se hubiese hablado en las páginas de la Historia como «Haroldo el cauteloso», o «Haroldo el prudente». Las dos cosas le vendrían bien.

No es eso precisamente en lo que se quería hacer hincapié en los días que condujeron a aquella pobre victoria en las urnas de mediados de octubre de 1964. Entonces se hablaba mucho de reforma, de experimentación, de modernización, de colocar, en fin, el panorama económico-político de la nación a tono con los sensacionales progresos de la ciencia y la tecnología para devolver a la Gran Bretaña el poder, la grandeza y el esplendor de otros tiempos. En los meses siguientes, y en vista de la profundidad y anchura de la crisis de la libra, se podía decir, se podía justificar incluso, que a

Mr. Wilson no le había quedado más posibilidad, de momento, que atender con urgencia—sin salirse, sin desviarse siquiera de los métodos y procedimientos más ortodoxos y mejor probados—a la crisis que amenazaba, ni más ni menos, con dejarle sin campo alguno en el cual realizar, llevar a cabo, todo aquello que había prometido.

Gracias a la prudencia, ha podido Mr. Wilson—el dirigente político formado en la escuela dura, la única a que había podido asistir el hijo de un miembro de la baja, muy baja clase media, que había conocido entre otras las grandes dificultades de la vida en tiempos de paro forzoso y cuando apenas era posible todavía pensar en los rudimentos del seguro social, que para muchos ha sido la antesala de la agitación revolucionaria contra la explotación y el privilegio—dejar atrás el comienzo, por lo menos, de una labor que podía haber impresionado, por el sentido ortodoxo y conservador que la había animado, al defensor más riguroso y devoto de la gran tradición británica. Lo que el Partido Conservador no había hecho, por temor a las consecuencias, sobre todo, en unos tiempos que tenían como una gran preocupación las perspectivas de unas elecciones, vino a hacerlo el Partido Laborista: defender la libra que era, en definitiva, la defensa también de la Gran Bretaña.

Lo que esto supone se comprenderá mejor no pensando tanto en lo que es ya bien conocido, en cosas como esa movilización fabulosamente eficaz de los Bancos centrales, de especial importancia—entre ellos estaba el de España—, para la negociación urgente de aquel fabuloso crédito de 3.000 millones de dólares, que fue renovado varias veces y, peor todavía, repetido también, aunque ya con dimensiones más modestas, sino en la trayectoria que ha venido llevando la libra, siempre cuesta abajo, desde hacía muchos años. Así se comprende mejor que lo sucedido durante el período que desembocó en la catástrofe de fines de 1964 apenas fue más que la gran caída que experimentó un enfermo aquejado de un mal crónico y al que sólo se habían aplicado, con poca constancia y menor eficacia, remedios de ocasión, emplastos y sinapismos y sangrías.

Colocada la libra en el punto de 100, establecido por el valor adquisitivo aplicado a los artículos vendidos en el mercado a los precios habituales, al por menor, en el año de 1938, el último de la preguerra, se puede ver cómo esta divisa emprendió la marcha por el tobogán de la desvalorización para no dejarlo jamás. Una marcha que todavía continúa y que sólo es posible

frenar un poco, sólo un poco y de manera circunstancial, con el recurso a medidas excepcionales. La caída fue muy grande, de algo más del 40 por 100 en el poder adquisitivo—medido en los precios de 1938—, durante los años de la Segunda Guerra Mundial.

Siguió la caída incluso después de la devaluación de Sir Stafford Cripps, al cabo de días, más bien que de meses, en los que casi se llegó a pensar en la estabilización y no dejó de caer desde entonces, con los laboristas o con los conservadores en el Poder. Con la vuelta de Churchill al número 10 de la calle Downing, después de los cinco años de austeridad presididos por Attlee, se tuvo la sensación de que, por fin, empezaban a soplar aires de confianza y optimismo. Pero en cuanto a la posición de la libra concernía, los aires que soplaban eran maléficos y venían siempre del mismo lado, para forzarla así a seguir marchando cuesta abajo. Para cuando llegó el armisticio de Corea, un punto importante en la historia de la postguerra, había perdido ya, siempre tomando los precios de 1938 como el patrón de medida de su valor, casi el 60 por 100 del poder adquisitivo de la preguerra. Ni siquiera surtieron el menor efecto medidas tan extraordinarias como aquella de Peter Thorneycroft, en 1957, al elevar el tipo de descuento bancario al 7 por 100, aunque un poco después, con el nuevo triunfo conservador, por tercera vez consecutiva empezó de nuevo a tenerse la impresión de que había sonado la hora de la recuperación y la reconstrucción de la vida nacional.

De nuevo se trataba de un espejismo. Al poco tiempo volvía a ser irresistible el proceso de deterioro y para fines de 1964, cuando el cuerpo electoral británico hizo lo que parecía ser una declaración de falta de fe y confianza en el Partido Conservador, pero sin acabar de convencerse de que la solución que hacía falta pudiese encontrarla haciendo una declaración de fe en favor del Partido Laborista, ya la libra había perdido el 70 por 100 del valor que tenía en 1938.

Era aquella una situación grave. Explica bastante bien el por qué la nación, acostumbrada de tanto tiempo a mirar hacia fuera, a mostrar interés por casi todo lo que pudiese suceder en el mundo, a tener la política exterior como el aspecto fundamental de la vida y actividad del Gobierno de la nación, ha tenido que concentrar atenciones y esfuerzos en la gran tarea de buscar la solución a los muchos y muy desarrollados problemas nacionales. La Gran Bretaña es todavía, por supuesto, una gran potencia y de ello ha quedado testimonio otra vez en ese «discurso del Trono»; el programa, en síntesis,

de los próximos cinco años de gobierno laborista, la consecuencia de ese notable triunfo electoral que, al conceder a Mr. Wilson una mayoría de 97 diputados en la Cámara de los Comunes, hace posible mirar el futuro inmediato sin sentir la preocupación de tener que pensar en lo que saldrá de unas elecciones parciales, de esas que sirven a menudo para ir midiendo el grado de popularidad y prestigio de un Gobierno.

Así resumido, sin hacer referencia alguna al ambiente o a los antecedentes, ese discurso-programa todavía coloca el interés internacional por encima del nacional, las cosas del exterior por delante de las relacionadas con la vida del inglés medio, que son las que se hacen de fronteras adentro. No sólo se dedicó una atención preferente a la O. T. A. N., para hacer demostración del propósito de trabajar por su sostenimiento, sino para proclamar que es indispensable para asegurar una mayor estabilidad en las relaciones entre el Occidente y el Oriente, y a la guerra del Vietnam, con la promesa de hacer todo lo posible por llegar a una paz negociada, y a la posición que la Gran Bretaña ocupa, «el este de Suez» en particular, naturalmente, en lo relativo a la Federación de Malaysia, la gran base de Singapur y las relaciones con Australia, sino que hizo hincapié especial en la cuestión de Rhodesia.

Todo esto podía producir la impresión de que las cuestiones nacionales seguían ocupando una posición parecida a la que habían ocupado siempre: de relativa inferioridad. Es más, esta impresión podría acentuarse mucho al advertir la especial importancia que de pronto adquirió, en un discurso tradicionalmente breve y que en esta ocasión quedó leído, en el ambiente de mesura y tranquilidad que es de esperar en una reina, en bastante menos de un cuarto de hora, la cuestión de la posible entrada de la Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea.

Hasta entonces, sólo en forma vaga, se habían hecho alusiones, por el lado laborista, a una cuestión que cada día produce la sensación de interesar más en la Gran Bretaña. Pero en este caso se prometió que «el Gobierno británico continuará buscando la unidad económica de Europa y se esforzará por reafirmar los lazos entre la Asociación Europea de Libre Comercio (E. F. T. A.) y la C. E. E.»

Había más todavía por el lado de realzar la importancia de las relaciones de la Gran Bretaña con el exterior: las económicas, comerciales y financie-

ras no menos que las políticas. La reina Isabel II, hablando en nombre, por supuesto, de su primer ministro, el laborista Haroldo Wilson, afirmó que su nación «buscará por otra parte la reducción de los derechos aduaneros en el cuadro de los acuerdos del G. A. T. T., así como la expansión del comercio en el seno de la Commonwealth».

En un discurso así, apenas había sitio para las cuestiones de orden nacional, resumidas en tres puntos principales: la promesa de buscar el restablecimiento del equilibrio en la balanza de pagos, con la salvaguardia de la libra esterlina mediante medidas como el aumento de la liquidez para mejor financiar el comercio mundial; la creación de una comisión encargada de la adquisición de terrenos destinados a la construcción de viviendas y el desarrollo de precios, ingresos y productividad, en particular en aquellas ramas de la economía que mayores aportaciones hacen al comercio de la exportación, junto con la renacionalización de la industria del acero.

A pesar de todo, lo importante, lo fundamental en estos momentos para la Gran Bretaña está en la vida nacional, no en la política exterior. Porque sin una reforma, renovación y reorganización a fondo de la vida nacional a la Gran Bretaña no le queda la más pequeña posibilidad de hacer otra política, de fronteras afuera, que la del repliegue, el retroceso, la contracción, hasta quedar encerrada otra vez detrás de los blancos, calcáreos acantilados de Dover, como pudo haberlo hecho en los días que movieron a John Philips a Dover, a la exultación:

*Rejoice, O Albion! severed from the world,  
By Nature's wise indulgence.*

Porque sin una oposición fuerte, sana, vigorosa de fronteras adentro, no es posible, no durante mucho tiempo y en forma de permanente eficacia, jugar más que papeles de importancia muy secundaria, de fronteras afuera. Y la posición interna de la Gran Bretaña aparece resumida en un estudio reciente de la O. C. D. E. (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico), al que pertenece este cuadro estadístico sobre el crecimiento económico, que la coloca en el último puesto, en una situación de inconfundible inferioridad. Vale la pena, tal vez, perder unos instantes con él. Está presentado así:

LA PRUDENCIA DE HAROLDO O CINCO AÑOS DE MONOTONÍA

CRECIMIENTO DEL PRODUCTO BRUTO INTERIOR REAL

(Estimaciones y previsiones. Variaciones en porcentajes.)

	Ponderación <sup>2</sup>	Crecimiento con relación al año precedente		Acrecentamiento con relación al semestre precedente, a los porcentajes anuales corregidos por las variaciones de temporada <sup>3</sup>			
		1964	1965	1966	1965 1.º sem.	1965 2.º sem.	1966 1.º sem.
	Estados Unidos . . .	52,9	5,5	5-5,5	5,5	6	5,5
Canadá . . . . .	3,6	6,25	4,5-5	9	4,25	5	4,25-5
Francia . . . . .	7,3	3	4,5-5	2	4,5	4	5-5,5
Alemania Occidental .	8,6	4,75	3,25-4	5,5	3,5	4	3,5-4
Italia . . . . .	4,1	3	4,25-4,75	4,25	3,5	4,5	4,75-5,25
Inglaterra . . . . .	7,6	2	1-1,5	2	0,5	2	1,5-2
Otros países europeos de la O. C. D. E. . .	10,2	3,75	4-4,5	3,5	2,75	4,5	4-4,5
Japón <sup>1</sup> . . . . .	5,7	1,5	6-6,5	0,75	0	7	10-5-11
Total, O. C. D. E. . .	100	4,5	4,5-5	4,5	4,75	5	5-5,5

<sup>1</sup> Producto nacional bruto.

<sup>2</sup> Sobre la base del Producto internacional bruto de los países miembros en 1964, convertido en dólares al tipo de cambio en vigor.

<sup>3</sup> Para los países sobre los cuales no existen cuentas nacionales por trimestre, se trata necesariamente de estimaciones lo más aproximadas posibles, basadas en las informaciones disponibles relativas a la evolución de la producción, el empleo y los gastos.

Sin hacer a esto otra alusión que el considerarlo necesario o, por lo menos, útil como ilustración de la posición de aparente inferioridad en que se encuentra la Gran Bretaña en relación con otros países altamente industrializados, se puede pasar con facilidad a lo que muy bien pudiera resumir la situación en los momentos en que Mr. Wilson está dando comienzo a un período de cinco años que, en apariencia al menos, le brindan grandes perspectivas de estabilidad política. La ocasión ideal para que un estadista ambicioso creyese que había sonado la hora deseada de iniciar la obra que hiciese posible dejar calcado con huellas indelebles su paso por las hojas de la Historia. Esto es, en cierto modo, lo que se había prometido. Y esto es, precisamente, lo que Mr. Wilson no parece que está en condiciones de hacer, de cumplir.

Tiene el hecho importancia suficiente para intentar, por lo menos, buscarle una explicación. Surgen, al instante, dos, igualmente llamativas y, es más, significativas. Una, el carácter del actor principal del drama que en estos momentos, con una duración mínima de cinco años, se está representando en un escenario tan vasto como la superficie nacional de la Gran Bretaña. Es un hombre prudente y nada dado a la experimentación, y menos todavía a la improvisación. De él se puede esperar una gran obra de gobierno, sin duda, pero no una obra de gobierno que sea, al mismo tiempo, espectacular. Una gran obra de gobierno ha sido, por supuesto, el sostener la libra, aun después de pensar en la carga tremenda que se ha echado sobre los hombros abrumados del contribuyente medio; y el intento, nada inspirado ni de impresionante eficacia, pero asentado con firmeza en las lecciones de la experiencia, de ir corrigiendo y remediando los graves males resultantes de un abrumador desequilibrio en la balanza de pagos. No se podrá decir, sin embargo, que sólo por esto Haroldo Wilson merecerá ser considerado como uno de los grandes *premiers* en la historia de la Gran Bretaña.

La otra, que las circunstancias de la vida de una nación ya entrada de lleno en el ocaso, en la fase declinante de esos ciclos característicos de civilización y cultura adornados por Spengler con la elegancia de un gran estilo, no se prestan fácilmente a la preparación de ambiciosos programas de renovación, y menos todavía, en el caso de que eso no fuese imposible, a dar comienzo a la tarea de una ejecución audaz. El ambiente está falto, sencillamente, del estímulo indispensable.

No suele dar para más que una dulzona, enervante sensación de confianza muy fortalecida en este caso por el éxito, acaso un poco superficial pero evidente, de la obra de gobierno realizada por Mr. Wilson en los quinientos días de la primera fase de este período laborista en que se encuentra metida de lleno la vida oficial de la Gran Bretaña. Se podría pensar en que la situación aconseja una gran capacidad de iniciativa a la vez que decisión y un alto sentido de la responsabilidad. Las elecciones últimas fueron posibles, tal vez, por encontrarse la libra bajo la influencia bienhechora de una nueva e importante demostración de la buena voluntad de la Banca internacional, estimulada de manera muy especial y activa por los Estados Unidos, gracias a un crédito adicional, concedido el 10 de septiembre anterior y renovado a los seis meses, en espera de una liquidación definitiva a la entrada casi del verano, que se dijo había sido de unos 1.000 millones de dólares. Con la ayuda de otras cosas, como el fondo de *swap*—permuta o intercambio—del



Sistema Federal de Reserva de los Estados Unidos y el proceso de liquidación de una parte de los valores (en dólares) en cartera, es decir, la enajenación del fruto de trabajos y ahorros pasados, con frecuencia de un pasado de generaciones, la libra había podido conservar un aire de salud que sólo podía traducirse en reacciones favorables al Gobierno, a Mr. Wilson sobre todo. Si en octubre el cuerpo electoral se mantuvo vacilante, desconfiado, en la situación tan incómoda del que ha perdido por entero la confianza en el Partido Conservador pero sin conseguir encontrar todavía en el Partido Laborista el adecuado sustituto, lo que había sucedido a continuación bastaba para conservar, por un lado, el recuerdo sobre la mala impresión que, al fin, habían producido los conservadores al dar una prioridad tal a las elecciones que se venían perfilando que todo lo demás, por grave y urgente que pareciese, quedaba desplazado a posiciones de muy secundaria importancia y para, al mismo tiempo, advertir que no sólo el Partido Laborista había perdido el entusiasmo revolucionario que pudo tener alguna vez, sino que incluso había hecho demostración de lealtad a la mejor ortodoxia para acometer empresas tan fundamentales como el sostenimiento de la divisa nacional.

Cualquier celo renovador que pudiese aún tener Mr. Wilson había sufrido un tropiezo muy serio al contacto con la realidad en circunstancias especialmente graves. El esfuerzo hecho entonces había sido tan duro y tan aleccionador que apenas podía quedar estímulo para más que, en los cinco años siguientes, realizar algo que fuese, en el más apurado de los casos, un programa de reparación y recuperación mucho más que de renovación. Y pensando acaso en la posibilidad de hacer de todo ello una distribución lo más amplia y, por tanto, suave posible.

En cierto modo, esos quinientos días que se habían dejado atrás podían servir de mucho. Si al cabo de ellos se había conseguido reducir de una manera llamativa, casi sorprendente, el déficit en la balanza de pagos, ¿por qué no pensar en aminorar un poco el ritmo del esfuerzo—y el sacrificio—y seguir adelante para alcanzar una situación de equilibrio, poco más o menos, para fines de 1966; y luego, allá para el otoño de 1967, contar con unas reservas que subiesen a la tercera parte, o un poco más, de esa deuda especial, 2.500 millones de dólares, contraída con el Fondo Monetario Internacional, con objeto de liquidar el primer plazo y así hacer una demostración de la capacidad, más bien que el deseo de cumplir al pie de la letra con las obligaciones contraídas y de ese modo transformarla en una deuda a

largo plazo que hiciese posible una distribución de esa carga especial mucho más llevadera todavía?

Por ahí, sin embargo, está lo inquietante para algunos. Quizá para muchos. El sólido *The Times* habló, por ejemplo, de que, «cualesquiera que sean las impresiones o las apariencias, los hechos siguen siendo los mismos. El país (Inglaterra) se encuentra ante terribles (*dire*) peligros económicos. Mucha de la prosperidad material es transitoria, alguna de ella es positivamente perjudicial».

En ese caso, y en vista de ese ancho margen de confianza concedido por el cuerpo electoral, ¿por qué no sacar provecho de una ocasión tan favorable y acometer una obra de veras renovadora, una obra para cuya realización no podía quedar más salida que la que conduce al camino del esfuerzo traducido en sacrificios reales, efectivos, en el mayor de los sacrificios que puede hacer un pueblo en tiempos de paz y prosperidad: proceder de una manera deliberada y enérgica a la depresión del nivel de vida como la única manera efectiva, dadas las circunstancias, de hacer las acumulaciones indispensables con las cuales saldar deudas y atrasos que se habían convertido en una amenaza auténtica para la propia supervivencia nacional?

Pudiera ser que no volviese, al menos en mucho tiempo, la ocasión. Porque si, según *The Times*, esa mayoría con que Mr. Wilson cuenta en la Cámara de los Comunes no es lo suficientemente grande para pensar en que harán falta dos elecciones generales—la primera dentro de cinco años—para desplazar al laborismo del Poder, sí lo es «para hacer que los requisitos económicos coincidan con los dictados de la conveniencia política: es decir, para hacer frente ahora mismo a las tareas duras y dejar las suaves hasta el final».

El tiempo que ha pasado desde la celebración de las últimas elecciones es bastante para llegar a la conclusión de que no es éste el camino que Mr. Wilson se propone seguir. Produce la impresión de preferir el camino de la prudencia, para avanzar por él sin demasiadas prisas, teniendo cuidado, eso sí, para no incurrir en serias y quizá costosas equivocaciones. Se siente, además, tan seguro que en realidad no siente la necesidad de la prisa, el apresuramiento. Esto carece, sencillamente, de razón de ser. Puesto que le queda por delante todo el tiempo que pudiera necesitar para hacer frente a los problemas y resolverlos.

Después de todo, si la situación dentro de la Gran Bretaña no es enteramente satisfactoria, ¿qué es lo que se puede decir de la situación más allá

de las fronteras nacionales, la situación en Rhodesia o, mucho peor todavía, en el Vietnam? Hace falta pensar mucho y sosegadamente sobre la influencia que la Gran Bretaña pudiera tener para pensar en la forma efectiva de llegar a la terminación de la guerra del Vietnam, por ejemplo. O para buscar una solución al problema de Rhodesia que no acentuase y exacerbase los ánimos de la población mayoritaria del Africa negra al producir la impresión de que el ambiente gubernamental era favorable, después de todo, al extremismo racista que había procedido a la declaración unilateral de la independencia.

Y estaba en pie, y agravándose, una situación grave, en cierto modo insurreccional ya, por algunas porciones de la Federación de la Arabia Meridional, sin que se notase ningún indicio inconfundible de mejoría por la India, donde, como se ha llegado a decir, los jornales de los muchos están más cerca de las quince libras esterlinas al año que a la semana. A tiempo que la política de colaboración con los Estados Unidos estaba produciendo la impresión de entrar en una fase nueva y muy especialmente costosa. Por un lado, se había desvanecido casi totalmente la posibilidad de introducir cambios importantes en la estrategia nuclear de la O.T.A.N., como el de sustituir la A. N. F. (Fuerza Nuclear Atlántica) por la M. L. F. (Fuerza Multilateral), con lo que una parte importante de la carga que supone para el contribuyente británico el mantenimiento de una fuerza nuclear con aviones del tipo «V», que se van quedando rápidamente anticuados, y con submarinos atómicos armados con proyectiles «Polaris», todavía en vías de creación, a un ritmo relativamente lento, se trasladaría a los aliados de Inglaterra en la O.T.A.N. Por el otro, se había contraído el compromiso, en principio, de adquirir una fuerza considerable de aviones norteamericanos «F-111», a cambio de los «TSR-2», cuya construcción había sido abandonada; y a cambio también de los portaaviones que la Marina de Guerra había llegado a considerar tan indispensables que la situación de desaire en que se encontró había sido suficiente para que, poco antes de las elecciones, hubiesen dimitido el primer lord del Almirantazgo y el primer lord del Mar, lo que en nuestra nomenclatura es el equivalente del ministro de Marina y del jefe del Estado Mayor Naval. Sólo con esto, el Gobierno de Mr. Wilson había asumido la gran obligación de tener que disponer de muchos cientos de millones de dólares para pagar los aviones que se iban a comprar en los Estados Unidos. Lo cual quería decir, para empezar, que resultaría mucho más difícil la

tarea de llegar, como se había prometido, al establecimiento de una situación de equilibrio en algo de tanta importancia como la balanza de pagos.

Era de esperar el establecimiento de bases nuevas y más firmes sobre las cuales hacer descansar la política de colaboración anglonorteamericana, de especial significación «el este de Suez». En principio se había hablado de una colaboración en el establecimiento y mantenimiento de bases de aprovisionamiento por los solitarios atolones del Océano Índico. De esta manera acaso resultase más fácil, más llevadera, la política de repliegue que se aseguraba había de empezar en seguida por Adén y más al Oeste, porque en realidad no se podía pensar en otra cosa, en vista de la promesa laborista de mantener totalmente estabilizado el presupuesto de Defensa, al no permitir que pasase de los 2.000 millones de libras (del poder adquisitivo de 1965) anuales. Pero si para este aspecto de la cuestión se podía contar—se creía contar, por lo menos—con la ayuda y la colaboración de los Estados Unidos, en apariencia muy interesados ahora en que no se desvanezca del todo la presencia británica por la región de Singapur y acaso por alguna otra porción del Pacífico, había motivo para pensar que en las relaciones con Australia había hecho acto de presencia un fatal elemento de sospecha y hasta desconfianza.

Para Australia había llegado a ser una necesidad absoluta de su política exterior la presencia de la Gran Bretaña no sólo en Singapur, sino en su propio territorio, al compartir, aunque sólo fuese con carácter simbólico, el uso de tres bases aéreas, las de Darwin, Tindal y Alice Springs. Todo esto aparecía cargado de incertidumbre, sin embargo. Y más todavía en vista de la actitud adoptada por el Gobierno laborista de buscar el acercamiento a la C. E. E., aun cuando se estableciese la condición importante de que para ello, para que se diese el paso decisivo de la entrada de Inglaterra en el Mercado Común Europeo, habría de darse la condición indispensable de «salvaguardar los intereses esenciales de Inglaterra y la Commonwealth». A pesar de todo, nunca la dirección laborista había hablado de una manera tan clara sobre esta cuestión, lo que parecía confirmar la impresión de que iba teniendo el carácter de lo irresistible—acaso irremediable también—una aproximación que hasta entonces nunca se había tomado realmente en serio. Ni siquiera en los momentos en que se estuvieron celebrando conversaciones y negociaciones sobre el asunto.

Por mucho que se ensanchase el horizonte de la C. E. E. con la entrada, todavía hipotética, de la Gran Bretaña, apenas si se podría dudar de una

cosa de especial importancia: la continuación, a un ritmo acelerado ya, del proceso de gradual distanciamiento de la Gran Bretaña de los países a ella asociados de una manera más o menos efectiva en la Commonwealth.

En cualquier caso, hay un hecho en la vida británica que no sólo es relativamente nuevo, sino que está llamado a ir perfilándose y acentuándose a lo largo de estos cinco años un poco decisivos: el de la creciente e inevitable preocupación del Gobierno por la situación del país de fronteras adentro, una de cuyas consecuencias inevitables habrá de ser la gradual y nada lenta pérdida de contacto, y hasta de interés, por las grandes cuestiones internacionales. La política del Gobierno ya no puede ser dictada por los acontecimientos, grandes y pequeños, de fronteras afuera, por cosas como la situación «al este de Suez» o en Rhodesia, la presencia de una fuerza militar a orillas del Rin o la creación de una flota de submarinos atómicos armados con proyectiles «Polaris» como el punto de partida de la estrategia del futuro; ha de ser dictada precisamente por la situación interior del país. Es más, por hechos tan concretos y en cierto modo tan extraños como, según las conclusiones a que llegó un grupo de economistas que suele reunirse periódicamente para preparar una información sobre las perspectivas a corto plazo de la vida económica de la nación, las «consideraciones sobre la balanza de pagos».

Si se ha de hacer algo eficaz, las perspectivas no parecen nada halagüeñas. Porque, advierte este grupo de economistas, se ha de esperar que «el paro aumente, los aumentos de jornal es probable que sean menores y los ingresos personales disponibles probablemente subirán más lentamente que en 1965. Se espera que los precios suban entre el tres y tres y medio por ciento y los gastos del consumidor en términos reales entre el uno y medio y el dos por ciento. Como resultado final, las ventas se espera que suban en un 2.25 por 100 en términos reales, con lo que se llegará a un aumento más modesto en los inventarios que en 1965 y a una subida del tres por ciento en el volumen de las importaciones».

Todo, en definitiva, tiende a ser medido en términos de una mayor moderación, quizá modestia, para el futuro no menos que para el presente, que lo que, por lo general, se ha hecho en el pasado. Lo cual hace pensar que una de las grandes preocupaciones de Haroldo Wilson pudiera muy bien ser el influir decisivamente para que un proceso de erosión que se ha introducido en el ser nacional británico, hace tiempo ya, tenga un desarrollo lo más lento—y lo menos doloroso—posible.

JACINTO MERCADAL

No deja de ser llamativo el hecho, la coincidencia, de que el laborismo, dirigido por un hombre prudente, Clement Attlee, hubiese presidido el comienzo práctico, actual, de aquello que Winston Churchill había prometido no presidir jamás: la liquidación del Imperio Británico. Es posible, porque hay cosas que llevaban calcado en la frente el signo de la fatalidad, que si Churchill hubiese ganado las elecciones de 1945, la India—y el Pakistán y Ceilán— se hubiese hecho independiente más o menos cuando lo hizo. Pero en la Historia está escrito que esa situación se dio cuando al frente del Gobierno británico estaba el dirigente laborista, no el conservador.

Pudiera ser que ahora, cuando de veras empieza una nueva era, larga o corta, pero de signo inconfundible, laborista, con otro hombre prudente al frente, lleguen a producirse también hechos merecedores de ser registrados con letra muy grande en las páginas de la Historia. Y que pudieran, en cierto modo, ser considerados como parte de un proceso del que fue nota saliente aquella declaración de independencia que se hizo, no hace todavía veinte años, cuando otro laborista ocupaba la residencia del Primer Ministro, en el 10 de la calle de Downing.

En cualquier caso, hay motivos para sospechar que estos cinco años van a tener como característica más llamativa la prudencia y la cautela, lo que, como atributo dominante de una política de gobierno, apenas podría conducir a otra cosa que a cinco años de monotonía.

JACINTO MERCADAL.